

CAPITULO XLV.

El imperio de México.



INDIGNÓ sobremanera á Moctezuma la insistencia con que el jefe de los españoles manifestaba su deseo de avanzar hácia México.

El primer impulso, hijo de la indignacion, fué declarar la guerra á los extranjeros, enviar numerosos ejércitos á detener su paso, y destruirlos, aunque fuera preciso para ello emplear en aquella batalla todas las fuerzas del imperio.

Habia un poderoso motivo para que tomase esta resolucion Moctezuma.

Pero este mismo móvil era, por otra parte, bastante para detenerle.

No bastan todavía las indicaciones que hemos hecho acerca del estado de aquel poderoso imperio.

Es necesario que nuestros lectores conozcan más detalladamente los elementos con que contaba, la civilizacion á que habia llegado, los intereses que se hallaban en pugna, y sobre todo, las supersticiones que habia arraigadas en el corazon de los mexicanos, y que debian favorecer en alto grado la empresa de los españoles.

México se encontraba entónces en todo su apogeo, en todo su esplendor.

Extendia su dominio por todas las provincias y regiones que se habian descubierto en la América Septentrional, departamentos gobernados por él y en su representacion por caciques tributarios suyos.

De Oriente á Occidente ocupaba su imperio una extension de más de quinientas leguas, y de Norte á Mediodía llegaba en muchos puntos á doscientas.

Era un país rico, poblado, abundante, con todos los climas, con todos los dones de la naturaleza.

Extendíase por el Oriente hasta el mar Atlántico.

Por el Occidente llegaba al Océano Asiático ó Golfo de Aman, desde el cabo de Mendocino hasta los confines de la Nueva Galicia.

Por el Mediodía llegaba al mar del Sur, desde Acapulco á Guatemala, ingiriéndose por Nicaragua en el estrecho que divide y enlaza las dos Américas.

Dilatábase por el Norte hasta Pánuco, dejándose oprimir por los montes en donde moraban los Otoimes y los Michimecas, indios salvajes, sin leyes, sin gobierno, sin costumbres siquiera, que se guarecian en cavernas y se alimentaban con la caza y los frutos silvestres.

Hasta entónces no habian podido dominarlos los emperadores de México, porque diestros en el arte de disparar las flechas, y particularmente, en el modo de andar por las breñas, diezaban á los soldados mexicanos y se libraban de sus persecuciones.

Este imperio tan grande, tan dilatado, tan magnífico, tan esplendoroso, en poco más de un siglo habia llegado desde la más primitiva barbarie á la civilizacion atildada y perfecta en que le hemos visto al recorrer por la primera vez su territorio con los soldados de Hernan Cortés.

Una raza, una tribu más valiente, con más ingénio, nacida para dominar aquel vasto territorio, la raza de los aztecas, fué poco á poco ensanchando sus dominios, multiplicándose y sometiendo á su yugo á las tribus vecinas, y poco á poco llegó á ejercer aquella supremacía sobre aquel país tan extenso.

Su origen fué el de todas las sociedades.

El más valiente ganó la admiración de los demás, y con la admiración la obediencia.

· Siguiéronle, pelearon á sus órdenes, acataron sus preceptos, y más tarde el jefe, el capitán, el caudillo se convirtió en rey.

La monarquía fué electiva entre los primitivos mexicanos.

Estaban en ese período de conquista, en esa época de los pueblos en la que el más valiente, el más audaz, el más heróico de los hombres obtiene el voto de los demás para dirigirlos y mandarlos.

Prefirieron, sin embargo, entre dos capitanes esforzados al que tenía en sus venas sangre real, y la guerra fué poco á poco trabajando la monarquía hasta convertirla en tan magnífico imperio.

Por el camino de los triunfos, y mucho más, de los triunfos fáciles que suele obtener la fuerza, fué entronizándose la tiranía del imperio.

El lujo del despotismo llegó á su mayor apogeo en tiempo de Moctezuma, segundo emperador de este nombre.

De expreso dejemos para más tarde algunos datos muy preciosos acerca de la historia de los soberanos de México.

Antes conviene á nuestro propósito dar una idea completa del emperador con quien iba á entenderse Hernán Cortés.

De régia estirpe, dedicado á la guerra desde los primeros años de su vida, acreditado de valiente, volvió á la corte joven aún, rodeado de una auréola de gloria.

Las atenciones de que era objeto, las miradas que dirigían hácia él los descontentos de su antecesor, le hicieron concebir esperanzas de adquirir aquel cetro que veía brillar en otras manos, y empleando la rara habilidad de que estaba dotado, afectando obediencia y lealtad á su soberano y una modestia maravillosa, consiguió formarse un gran partido entre sus moradores.

Rindiendo un culto externo á la religión de su patria, yendo continuamente á los adoratorios para orar en presencia del pú-

blico, mandando construirse una especie de celda en uno de los templos más frecuentados por los mexicanos, adquirió tal venerabilidad, que todos á una, al morir el monarca que ocupaba el trono, le eligieron por su sucesor.

Resistióse á aceptarlo, hizo los mayores esfuerzos para que se admitiera su renuncia; pero cuando se convenció de que estaba arraigado su advenimiento al trono en el corazón de todos sus vasallos, lo aceptó, y cambió por completo.

Había contenido durante mucho tiempo sus inclinaciones, sus vicios, sus apetitos desordenados: tenía una sed de goces insaciable.

Al día siguiente de ocupar el trono y ser aclamado por todos los mexicanos, despidió á las personas de la familia real, buscó para que formasen su corte á los más nobles, á los más ricos, á los más espléndidos personajes, y viviendo lejos de sus vasallos en medio del fausto, oprimiendo á todos los que dependían de él, pudo sostenerse, no sin que llegaran hasta los pies de su trono las murmuraciones de los descontentos. Cruel en sumo grado, uno de sus mayores goces era demostrar á sus vasallos que los consideraba como esclavos.

No consentía que entrasen en palacio á verle más que sus ministros y protegidos.

Pero cuando alguno se obstinaba en verle, después de exigirle infinitas humillaciones al admitirlo en su presencia, le obligaba á hacerle reverencias y ceremonias muy parecidas á las que se tributaban á los dioses.

Cuando llegaban á sus oídos los ecos de las aseveraciones de sus enemigos, tratando de demostrar que no tenía poder sobre ellos, se complacía en castigar á aquellos mismos propagadores de frases subversivas, sin otro fin que el de convencerles de que verdaderamente eran esclavos.

Sediento siempre de goces, para acallar los gritos de su conciencia, imponía tributos vejatorios por el sistema de la capita-

cion, extendiendo la obligacion de pagar sus caprichos hasta á los pobres más miserables.

A éstos, despues de hacerles buscar trabajosamente algunos objetos de escaso valor, en su misma presencia los arrojaba y despreciaba, demostrándoles con esto, que aunque inútiles sus ofrendas, se las exigia para esclavizarlos.

¡Cuán ciegos son los tiranos!

Como al tender la vista en torno suyo no ven más que los rostros de los aduladores, no ven más que la sonrisa falaz que brota de los lábios de los palaciegos; como no escuchan más que el eco de las lisonjas de los lacayos que les sirven bajo cualquiera de los muchos nombres que tienen los empleos de los palacios, llegan á figurarse que son invulnerables, que sus enemigos son impotentes, y dominados por esta falsa creencia, se entregan á ese sueño delicioso de la tiranía, sin recordar que todos los tiranos que duermen arrullados por los gemidos de los pueblos, despiertan en el cadalso.

No habia llegado todavía esta hora para Moctezuma.

Pero en honor de la verdad; preciso es confesar que, aunque solo lleva catorce años en el trono de México, era odiado por todos sus vasallos, y solo el gran apoyo que le prestaban los nobles y los generales, que con él compartian el goce de las humillaciones del pueblo, eran su único sosten.

Tres provincias muy importante se habian revelado contra él. La de Mechoacan, la de Tepeaca, y la de Tlascala.

Gracias á sus numerosos ejércitos, gracias á la adulacion del monarca á los soldados, habian podido someter á su obediencia otras muchas provincias.

Las tres que acabamos de citar habian contrarestado su voluntad.

Pero Moctezuma, que siempre en las guerras habia peleado al frente de su ejército, al volver sin castigar á aquellos indómitos vasallos:

—No he querido someterlos, decia, porque necesito esclavos y quiero hallarlos entre esos enemigos.

No era, pues, el esplendoroso aspecto que presentaba México á los ojos de los extranjeros más que el fúnebre paño de terciopelo y oro con que la soberbia humana cubre los carcomidos restos de un cadáver.

La supersticion, atizando los rencores del pueblo, presentándose bajo un aspecto horrible, minaba sordamente el trono de Moctezuma.

Los rebeldes no desperdiciaban una sola ocasion de atemorizarle.

La llegada de los extranjeros, su obstinada resolucion de llegar hasta México, lo inútil de sus esfuerzos para detenerlos en San Juan de Ulúa, era muy suficiente, dada la situacion en que se hallaba Moctezuma, para suscitar en su ánimo la indignacion que hemos visto reflejarse en sus palabras al recibir el segundo mensaje de Teutila y Pilpatoe.

CAPITULO XLVI.

Superstición.



A Providencia, que no deja impune ningun delito, se vale á veces de medios extraordinarios para castigar á los culpables.

Fábula parece lo que se cuenta como sucesos acaecidos en todo el imperio de México un año ántes de la llegada de los españoles á Tabasco, ó sea desde que Juan de Grijalva penetró en el Yucatan con tres carabelas.

Las observaciones que hemos apuntado en el capítulo anterior, son bastantes para conocer la indignacion que produciria en Moctezuma la respuesta arrogante por Hernan Cortés á su resolucion de no recibirlos.

Pero necesitamos condensar, presentar en un solo cuadro el cúmulo de supersticiones que preocupaban los ánimos de los mexicanos, y no solo de los vasallos oprimidos, sino de los consejeros del rey, del monarca mismo, para comprender que aquel emperador cayese en un profundo abatimiento, que sus consejeros se consternaran, que el pueblo mismo se aterrorizase despues de pasada la primera impresion, y cuando los recuerdos de lo que sucedia reemplazaron á la herida que en el amor propio sufría Moctezuma con la resolucion de Hernan Cortés.

Desde los primitivos tiempos de la humanidad viene observándose una lucha continúa entre el fuerte y el débil.

No siempre triunfa el fuerte.

El talento emplea medios que producen efectos superiores á los de los ejércitos más numerosos.

Como los que más oprimen son los que más miedo tienen, porque la conciencia les dice á cada instante que no obran bien, no hay hombres más supersticiosos que los tiranos.

Conociendo sus debilidades los hombres de talento, las explotan, y á veces la imaginacion consigue triunfos más grandes que los de las armas.

¿Serian los enemigos de Moctezuma los que, aprovechándose de circunstancias especiales y de fenómenos meteorológicos, infundieron pavor á Moctezuma y á sus secuaces, y colocaron al pueblo mexicano á la altura en que se encuentra?

La historia no lo dice.

Hay que presumirlo.

Pero lo que sí refiere la historia, lo que sí cuentan las tradiciones, es la série de sucesos que quebrantaron la fuerza de Moctezuma é inspiraron á sus vasallos un verdadero pánico.

Al poco tiempo de tenerse noticias en México de la llegada á las costas de la Jamáica de Juan de Grijalva, empezó la supersticion á hacer de las suyas.

Una noche descubrieron con verdadero asombro los mexicanos un espantoso cometa de forma piramidal, el cual, avanzando lenta y majestuosamente por el espacio, brillaba en medio del azulado manto de la noche, hasta que los primeros rayos del sol oscurecia su luz.

Algun tiempo despues vieron en medio del dia oscurecerse el firmamento y cruzar por el espacio con rapidez eléctrica una especie de manga de fuego en forma de serpiente, con tres cabezas, de las cuales se desprendian, como vomitadas, centellas que al poco tiempo se extinguian en el aire.

Estas dos apariciones sembraron el terror entre los mexicanos.

Eran para ellos presagios de grandes desventuras.

Estos presagios no tardaron en confirmarse.

Habia en México una gran laguna cuyas aguas estaban encerradas y contenidas por fuertes límites.

De pronto aquellas aguas, tranquilas siempre, se agitaron.

Rompiendo las vallas que las contenían, inundaron los campos, y con tal empuje corrían por todas partes, que desmoronaban á su paso los edificios más sólidos.

Aquellas aguas despedían un vapor que nublaba el espacio, y al mismo tiempo parecían de fuego porque su contacto abrasaba.

Fija la vista aterrorizada de los mexicanos en este terrible espectáculo, no tardó en tener que volverse hácia otro más terrible aún.

Uno de los templos más grandiosos se incendió.

Nada bastaba á apagar la hoguera.

Las piedras ardían como carbones.

Cuantos esfuerzos hicieron fueron estériles.

De aquel edificio solo quedó un montón de cenizas.

A las altas horas de la noche se oían voces siniestras.

Aquellas voces misteriosas anunciaban el fin de la monarquía.

Consultados los ídolos en sus manifestaciones confirmaban las profecías de aquellas voces siniestras.

Al mismo tiempo, en las ciudades, en los campos, en todas partes aparecían animales de rara especie, desconocidos hasta entónces, y que á juzgar por las explicaciones que daban los augures, confirmaban los temores que todos abrigan.

Algunos pescadores pudieron apoderarse cerca de la laguna que he citado de un pájaro de grandes dimensiones, de extraordinaria conformación, de figura monstruosa.

Inmediatamente lo llevaron á la presencia del rey, y la noticia de su hallazgo aumentó el pavor de los mexicanos.

Aquel pájaro tenía á manera de corona una lámina resplandeciente, en la que reverberaba el sol.

Pero no era luz que arrojaba semejante á la del astro lumínico.

Había algo de diabólico, algo de extraordinario en aquel resplandor,

Moctezuma, asombrado, se acercó á aquella lámina, profundizó con su mirada aquella luz, y retrocedió espantado.

Mandando cerrar todas las puertas, dejando en torno de aquel pájaro la oscuridad, vió, sin embargo, reflejarse en la lámina el firmamento, cubierto de brillantes estrellas.

Poco despues, á pesar de estar cerrado todo, vió el sol iluminar la estancia de pronto, como si todas las puertas estuviesen abiertas.

Mandó abrirlas, y entónces, acercándose de nuevo á la lámina, vieron sus ojos en ella un numeroso ejército, que en nada se parecía al suyo.

Hizo que sus consejeros, que sus favoritos, que todos los individuos de su córte se acercasen á contemplar aquel prodigio.

No vieron nada.

El pájaro fué achicándose poco á poco.

Parecía inmóvil.

Tenia todo el aspecto de una de esas figuras de comedia de magia.

—Que le aparten de aquí, exclamó Moctezuma.

Y al querer agarrarle para obedecer sus órdenes, desapareció el pájaro convertido en cenizas.

Bajo la impresion de este suceso, estaban todos consternados, cuando aumentó su terror un nuevo y portentoso acontecimiento.

Un labrador, muy estimado por su honradez, llegó al palacio de Moctezuma y pidió con gran insistencia que le dejaran verle.

Para conseguir esta audiencia, declaró que tenía que hacer importantes revelaciones al monarca.

Una vez en su presencia, le habló de tal manera, con tanta libertad, y le dijo cosas tan graves, que la historia ha conservado sus palabras, y nosotros vamos á reproducirlas, porque nada hay más elocuente que ellas.

«Ayer tarde, señor, estando en mi heredad ocupado en el beneficio de la tierra, ví un águila de extraordinaria grandeza que

se abatió impetuosamente sobre mí, y arrebatándome entre sus garras, me llevó largo trecho por el aire, hasta ponerme cerca de una gruta espaciosa, donde estaba un hombre con vestiduras reales durmiendo, entre diversas flores y perfumes, con un pebete encendido en la mano.

«Acerqueme algo más, y ví una imágen tuya, ó fuese tu misma corona, que no sabré afirmar, aunque á mi parecer tenia libres los sentidos.

«Quise retirarme atemorizado y respetuoso.

«Una voz impetuosa me detuvo, y me sobresaltó de nuevo, mandándome que te quitase el pebete de la mano y le aplicase á una parte del muslo que tenias descubierto.

«Rehusé cuanto pude el cometer semejante maldad; pero la misma voz, con horrible superioridad, me violentó á que obedeciese.

«Yo mismo, señor, sin poder resistir, convirtiendo el temor en atrevimiento, te apliqué el pebete encendido sobre el muslo, y tú sufriste el cauterio sin despertar ni hacer movimiento.

«Crejera que estabas muerto, si no se diera á conocer la vida en la misma quietud de tu respiracion, declarándose el sosiego en falta de sentido.

«Luego me dijo aquella voz, que al parecer se formaba en el viento:

—«Así duerme tu rey entregado á sus delicias y vanidades, cuando tiene sobre sí el enojo de los dioses y tantos enemigos que vienen de la otra parte del mundo á destruir su monarquía y su religion.

«Dirásle que despierte, á remediar, si puede, las miserias y calamidades que le amenazan.

«Y apenas pronunció estas palabras, que traigo impresas en la memoria, cuando me prendió el águila entre sus garras, y me puso en mi heredad sin ofenderme.

«Yo cumplo así lo que me ordenan los dioses.

«Despierta, señor, que los tiene irritados tu soberbia y tu crueldad.

«Despierta otra vez, dijo, ó mira cómo duermes, pues no te producen dolor los cauterios de tu conciencia, ni ya puedes ignorar que los clamores de tus pueblos llegarán al cielo primero que á tus oídos.»

Pronunciadas estas palabras terroríficas en presencia de los asombrados ministros y consejeros de Moctezuma, volvió la espalda, y desapareció sin que nadie se atreviera á estorbarle el paso.

Irritado el emperador, dijo:

—Detenedle y matadle.

Pero al pronunciar esta frase, sintió un terrible dolor en un muslo.

Los médicos acudieron instantáneamente, y hallaron en el sitio donde habia experimentado el dolor una señal de fuego.

—Buscad á ese villano, añadió, y que su muerte sirva para aplacar la indignacion de los dioses.

Como al mismo tiempo que en México acaecian cosas semejantes en los demas puntos del imperio, era natural, que aterrorizado Moctezuma y consternados sus súbditos, viesan en la llegada de los españoles la confirmacion de los presentimientos que aquellas extrañas apariciones habian despertado en su alma.